

Maria Reina de la Paz

Mayo - junio 2005 - Editado: por Eco di Maria, C.P. 27 31030 Bessica (TV) (Italia) - Tel / fax 0423. 470331
A. 21, N° 5-6; Esd.a.p. art.2,com.20/c, leg.662/96 filiale di MN-Autor.tribun.MN: 8.11.86, ccp 14124226

181



Mensaje del 25 de marzo de 2005:

“Queridos hijos, hoy os invito al amor. Hijitos, amaos con el amor de Dios. En todo momento, en la alegría y en la tristeza, que prevalezca el amor, y así el amor comenzará a reinar en vuestros corazones. Jesús resucitado estará con vosotros y vosotros seréis sus testigos.

Yo gozaré con vosotros y os protegeré con mi manto materno. Especialmente, hijitos, miraré con amor vuestra conversión cotidiana. Gracias por haber respondido a mi llamada.”

Testigos del Resucitado

Queridos hijos, hoy os invito al amor.

Así nos exhorta María en Su mensaje del viernes santo del año 2005 y Juan, el Apóstol del Amor, que junto a María está a los pies de la Cruz para acoger el último aliento de Jesús, nos exhorta así: *Queridísimos, amémonos los unos a los otros, porque el amor es de Dios: todo el que ama viene de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor* (1 Jn 4, 7-8). El Amor está allí, en esa Cruz, *pedra de escándalo*. (Rm 9, 32) y *signo de contradicción* (Lc 2, 34) para que lo que está escondido sea revelado. Ahora bien, debemos saber quién es nuestro Dios: la Muerte y la Resurrección de Jesús nos lo revelan. La Luz del Espíritu Santo que mana de ellas y se derrama sobre el mundo ilumina el *misterio escondido por los siglos en la mente de Dios* (Ef 3, 9).

Hijitos, amaos con el amor de Dios, nos exhorta María. Y es una precisión importante porque hoy parece haberse perdido el significado original de la palabra *amor*. El amor de Dios es el que nos reveló Jesús con su vida; es el que tan bien describió Pablo en el bien conocido *Himno a la caridad* (1 Cor 13).

En todo momento, en la alegría y en la tristeza, que prevalezca el amor y así el amor comenzará a reinar en vuestros corazones. Vivir el amor en cualquier circunstancia alegre o triste de nuestra vida. El amor que viene de Dios, de hecho, no depende de los acontecimientos de nuestra existencia, no está en función de ellos. Por el contrario, son los acontecimientos de la vida los que adquieren significado y valor por el amor con el que se viven. Porque si los vivimos en el amor de Dios necesariamente infundimos en ellos esta fuerza salvífica, eliminamos de ellos el mal, y consolidamos el bien. Así el amor comenzará a reinar en nuestros corazones. Y así crecerá el Reino de Dios en nosotros y a nuestro alrededor: **Jesús resucitado estará con nosotros y nosotros seremos sus testigos.**

Ser testigos del Resucitado significa dejar que Jesús viva en nosotros. No basta



¡...TÚ ERES PEDRO!

con decir que creemos en Dios, hay que especificar en qué Dios se cree. No basta con decir que se cree en el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob ni tampoco que se cree en el Dios encarnado en Jesús si luego esto no es más que una declaración verbal que no incide en nuestro modo de vivir. No basta con decir que se cree en Dios-amor si luego se duda de su amor, si no se ama al prójimo con el amor con que Dios ama, si no se es capaz de amar a los propios enemigos, si no se es capaz de dar y pedir perdón.

Ciertamente, esto no es fácil en absoluto ni lo tenemos al alcance de la mano. Pero tenemos a la Iglesia, los sacramentos, las gracias ordinarias y extraordinarias que Dios no cesa de conceder. Tenemos a María que realmente es nuestra Madre, que nos guía y rige, que intercede por nosotros. Decidamos seriamente dejarnos inhabitar por Cristo. María **gozará con nosotros y nos protegerá con su manto eterno**. Encaminémonos también con pequeños pasos, pero fundamentados en un gran deseo de abandono en Dios y no en cálculos mezquinos. Dejemos que sea María la que guíe **nuestra conversión cotidiana**, para vivir día tras día nuestro bautismo. Ella **mirará con amor** esta opción cotidiana por el Resucitado, y las pequeñas acciones del día realizadas con este espíritu producirán, bajo su mirada, flores de conversión y de amor, quizás poco aparentes para el mundo pero infinitamente agradables a Dios porque son flores que madurarán frutos de Resurrección.

Nuccio Quattrocchi

Mensaje del 25 de abril de 2005:

“Queridos hijos, también hoy os invito a renovar la oración en vuestras familias. Que con la oración y la lectura de la Sagrada Escritura entre en vuestra familia el Espíritu Santo que os renovará. Así os convertiréis en educadores de la fe en vuestra familia. Con la oración y vuestro amor el mundo irá por un camino mejor y el amor comenzará a reinar en el mundo. Gracias por haber respondido a mi llamada.”

Orar y amar

Estamos viviendo grandes acontecimientos, y sin embargo, aunque nos emocionan, no logran modificar nuestra vida. Así ocurrió con el tsunami, así ocurrirá quizás con las grandes masas que han llenado el Vaticano con ocasión de la muerte de Juan Pablo II y de la elección de Benedicto XVI. La emoción, aunque sea sincera, si no trae frutos de conversión es estéril y es como la semilla caída en el camino o sobre las piedras o entre las espinas (Mt 13, 18-23). La emoción por sí sola no basta; puede afectar, pero no lleva a término un proceso real de promoción humana y mucho menos de conversión. Y esto ocurre con cualquier sentimiento, cualquier patrimonio, por excelsos que sean, del hombre que quiera prescindir de la naturaleza propia del hombre querida por Dios. *Dios creó al hombre a Su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó* (Gen 1, 27). *Sólo el hombre (varón y mujer) está llamado a compartir, en el conocimiento y en el amor, la vida de Dios* (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 356).

En esta llamada está la gran dignidad del hombre. Buscar en otro lado las razones de la dignidad de la persona humana es desfigurar la imagen divina de la que el hombre es portador y poner al hombre al nivel del resto de criaturas. Olvidar el origen divino del hombre es lo que fundamenta cualquier tipo de violencia pública o privada, cualquier abuso, injusticia, todo pecado contra el hombre y contra Dios.

¿Qué hacer? Hay que tomarse en serio las invitaciones de María: *decidírnos por Dios*, escogerle a Él, vivir para Él. **También hoy os invito a renovar la oración en vuestras familias.** Sobre todo a **renovar la oración**, es decir, no solamente retomar la oración sino rezar siempre de modo nuevo, no cansado y distraído, sino vivo. Ciertamente no es fácil y es algo que se aprende gradualmente: *orando se aprende a orar*. Luego, **oración en vuestra familia**. Y esto no sólo porque *cuando dos o tres se reúnen en el nombre de Jesús, Él está con ellos* (cfr Mt 18, 20) sino porque la familia es la célula fundamental de la sociedad y es por eso que desde ella debe comenzar toda recuperación social. **Que a través de la oración y la lec-**

¡GRACIAS PAPA WOJTYLA!

“Cuando sea elevado de la tierra atraeré a todos hacia mí”

tura de la Sagrada Escritura entre en vuestra familia el Espíritu Santo que os renovará. Tengamos muy presente esta sugerencia, que es también un deseo, de María. **Oración y lectura de la Sagrada Escritura** son una unidad inseparable porque es a través de la Escritura que nosotros conocemos al Dios al que nos dirigimos y esto vale tanto para el Antiguo como para el Nuevo Testamento. Nuestro Dios es el *Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob* y se ha revelado a nosotros en *Jesucristo*. *Quién cree en mí – dice Jesús – no cree en mí sino en aquél que me ha enviado; quien me ve ve a Aquél que me ha enviado* (Jn 12, 44-45) y también *quien me acoge, acoge a Aquél que me ha enviado* (Jn 13, 20b).

Sólo en Jesús podemos conocer y encontrar a Dios; y la Escritura, en particular el Nuevo Testamento, nos revela a Jesús. **Que en vuestra familia entre el Espíritu Santo que os renovará**. Éste es el deseo de María y esto acontecerá. El Espíritu nos renovará en el amor, nos dará a Jesús, nos llevará cerca del Padre. Así la familia será modelo del misterio trinitario de la Vida de Dios, como afirma Juan Pablo II (Carta a las familias, n.6). Vivificados y renovados por el Espíritu seremos capaces de **enseñar la fe en la familia** y de colaborar en la construcción de la *civilización del amor* profetizada por Juan Pablo II en la Carta antes citada. N.Q.



La fiesta de la Misericordia

Jesús habló por primera vez del deseo de instituir esta fiesta a sor Faustina en 1931: *“Yo deseo que haya una fiesta de la Misericordia. Deseo que la imagen, que pintarás con el pincel, sea solemnemente bendecida el primer domingo después de Pascua; este domingo debe ser la fiesta de la Misericordia”*. En los años siguientes Jesús volvió a hacerle esta petición en 14 apariciones.

La grandeza de esta fiesta queda probada en las promesas: *“Ese día, quien se acerque a la fuente de la vida conseguirá la remisión total de las culpas y de las penas”* – dijo Jesús.

Una gracia particular está ligada a la Comunión recibida ese día de forma digna: “la remisión total de las culpas y los castigos”. Esta gracia – explica don I. Rozycki – “es algo decididamente más grande que la indulgencia plenaria. Esta última consiste de hecho sólo en la remisión de las penas temporales, merecidas por los pecados cometidos. Sin embargo, en estas promesas Cristo ha vinculado el perdón de los pecados y de los castigos con la Comunión recibida en la fiesta de la Misericordia, es decir, desde este punto de vista la ha elevado al rango de “segundo bautismo”. Red.

Lo decía Jesús para anunciar aquel incomprensible e inesperado momento de salvación, cuando en la cruz Él iba a catalizar sobre sí la mirada de todos los hombres. Tanto la mirada pagana de los romanos como la asesina de los que le iban a crucificar. Tanto la mirada indiferente y curiosa de los transeúntes como la del ladrón arrepentido a su derecha. Tanto la mirada contemplativa de Juan como la de María, Madre dolida. Y a través de estos ojos fijados en aquél que *“no tiene apariencia ni belleza para atraer vuestras miradas”* (Is 53, 2) Jesús llegó a su corazón y lo cambió.

Lo mismo puede decirse de nuestro anciano y amado Papa, Juan Pablo II, que en los últimos días de su vida, mientras su cuerpo estaba cada vez más atacado por el mal, atraía la atención de todo el mundo: sobre él, sobre su sufrimiento, sobre la ventana desde la que se asomaba para conceder apenas un gesto, una bendición, una sonrisa, con las pocas fuerzas que le quedaban.

Todos miraban su cruz, llevada con dignidad, con esa misteriosa realza que nace de una inmensa humildad: cristianos y no cristianos, creyentes y agnósticos, ancianos y niños... El mundo quedó casi en suspenso cuando el viejo Papa realizaba sus últimos pasos hacia la cima de su Calvario personal para luego apagarse en paz, abandonado totalmente en las manos del Padre, en la cruz de su enfermedad.

Misterio de la fe, misterio de la Cruz...

El Santo Padre ha vivido este misterio y nos lo ha enseñado. A los jóvenes que se preparaban para la Jornada de la Juventud, les dijo el Domingo de Ramos: *“Queridísimos jóvenes, esta fiesta contiene una gracia especial, la del gozo unido a la Cruz, que resume el misterio cristiano... Sed en todas partes testigos de la Cruz gloriosa de Cristo. ¡No tengáis miedo!”* Karol Wojtyla ha sido siempre testimonio de esto, gracias incluso a las cámaras que estaban siempre fijadas en él y en su sufrimiento, llevada fielmente al Crucificado. Bastaba mirarlo el Viernes santo cuando desde su capilla seguía la procesión del *Via Crucis* con la cruz abrazada entre sus manos y con el rostro de Jesús a pocos centímetros del suyo, casi cogiéndose a Él.

“Cuando sea elevado de la tierra atraeré a todos hacia mí!” Lo repetimos, como si quisiese subrayar con fuerza la paradoja, en el momento de mayor debilidad e impotencia es cuando más observado y admirado fue. ¡Y por lo tanto, más poderoso!

“Estoy contento...”

“Estoy contento, estadlo también vosotros. Oremos juntos con alegría. Confío todo alegremente a la Virgen María”. Éstas son las últimas palabras que Juan Pablo II, con un gran esfuerzo y ayudado por su secretario el padre Stanislaw, escribió en una nota dirigida a sus colaboradores. Igual que a un *Cordero degollado* (cfr Ap) unos días antes le habían abierto la garganta con una

intervención de traqueotomía para dejarle respirar mejor. Una operación que sin embargo le privó hasta de la posibilidad de hablar, o mejor, de decirnos aún cuánto nos amaba.

Como *“cordero mudo y...”* (cfr 8, 32) Así se dejó conducir por Dios a la última estación de su *Via Crucis*. Un papa con la voz mutilada, y que sin embargo consiguió hablar al mundo de forma clara y audible para todos. Un silencio elocuente el suyo, un silencio sonoro, que supo hablar directamente a los corazones, más allá de cualquier fórmula y convención, en el lenguaje mudo del AMOR. Como Jesús, en aquel último acto de su Pasión.

“Estoy contento”, escribía el Papa, como si quisiese decirnos que en aquel momento usaba su propia cruz como un trampolín para lanzarse a los brazos del Eterno. Su gozo y su delicia.

En la culminación de una Pascua de Misericordia

Murió al final de ese largo día pascual que la liturgia celebra, el octavo, culmen del Misterio cristiano de salvación que desemboca, por querer de Dios, en el Domingo de la Misericordia.

Y aquí vale la pena detenerse, porque lo que aparentemente puede aparecer como una “coincidencia”, en realidad a la luz de una fe más contemplativa se revela como un clarísimo signo de Dios.

Poco después de que sonaran las primeras Vísperas del segundo domingo de Pascua, el Papa daba en la tierra su último aliento. Desde siempre él había acogido el mensaje que Dios había mandado a los hombres a través de sor Faustina Kowalska – la religiosa polaca que a principios del siglo XX, por revelación mística había pedido el culto a la Divina Misericordia y la institución de un día dedicada a ésta: el domingo *in Albis*.

El joven Wojtyla, cuando volvía de la fábrica donde trabajaba, se paraba todos los días a orar en la capilla donde la religiosa había recibido las revelaciones del mismo Jesús. Con fidelidad el Papa había llevado consigo también al Vaticano el amor hacia esta mística y hacia el mensaje que ella comunicó. Lo afirmó con fuerza, a pesar de la casi excesiva prudencia de la Iglesia ante una petición nacida de “revelaciones privadas”. Tenaz en su adhesión, el Santo Padre consiguió realizar su sueño hace cinco años: llevar al honor de los altares a sor Faustina proclamándola santa y dar al domingo *in Albis* la vestidura solemne de la Misericordia.

Para la historia: el Santo Padre murió a las 21.37 del sábado 2 de abril. A las 20 horas en su estancia había comenzado la celebración de la Santa Misa de la fiesta de la Divina Misericordia. Tras haber recibido el Santo Viático y, una vez más, el Sacramento de la Unión de los Enfermos, pronunció su ¡AMÉN! y partió hacia las moradas eternas... ¡Cómo no ver en todo esto la firma de Dios!

Sobre esto Joseph Ratzinger comentó más tarde: “La luz y la fuerza de Cristo resucitado se han irradiado en la Iglesia por aquella especie de “última misa” que él celebró en su agonía, culminada en el Amén de una vida enteramente ofrecida, por medio

del Corazón Inmaculado de María, por la salvación del mundo”.

Héme aquí, soy el siervo del Señor

Cuando los restos del Papa entraban triunfalmente en San Pedro atravesando la masa de gente que había acudido a la plaza para aplaudirlo, la Iglesia celebraba la fiesta de la Anunciación – día en el que el Verbo de Dios, entrando en el seno de la Virgen, se despojó de su divinidad para asumir nuestra humanidad.

Aquel mismo día el Santo Padre entraba en el seno materno de la Iglesia tras haberse despojado de su propia humanidad para entrar en la divinidad reservada a los santos. El Verbo divino entró en María para hablar a los hombres. Juan Pablo ahora volvía a entrar en la Iglesia, de la que María es madre, tras haber hablado mucho a los hombres. Antonio Socci escribe: “Era un compromiso de amor fiel. Ha sido un “totus tuus” hasta el final. Cada día de su vida ha renovado la declaración de amor a la eternamente joven reina: María. Cuando la operación le quitó la voz, al despertarse escribió en un papelito: “¿Pero qué me han hecho?”. “Sin embargo” añadió “yo soy siempre totus tuus”.

Dicen los seis videntes de Medjugorje que un día la Virgen besó tiernamente delante de ellos la foto de Karol Wojtyła (la imagen estaba en un muro de aquella habitación) y dijo que había sido ella misma quien lo había escogido para la Iglesia y para el mundo”.

El grano de trigo que muere da mucho fruto

Muchos han orado. Quizás todos. Cada uno a su modo. También un pensamiento de

estima y de afecto dirigido en aquellos días al Santo Padre resonaba como una oración en el corazón de Dios.

Éste es el primer fruto de su muerte: la gente ora, el mundo ora... Se habla de Dios, del Evangelio, del ejemplo que el Papa polaco nos ha dado para vivirlo con extrema fidelidad y valentía, sin componendas ni medias tintas. Él decía a Cristo. Él llevaba a Cristo...

El miércoles: ¿qué audiencia!

Éste es el título impreso con letras mayúsculas en el *Osservatore Romano* (el periódico de la Santa Sede) que acompañaba la foto de los restos de Juan Pablo II. Junto a ésta otra foto que representaba la riada de peregrinos que habían acudido a homenajearle, y que durante días acudió a la Basílica vaticana. Venían de todas partes e, indiferentes al cansancio, soportaban durante muchas horas una larguísima fila con tal de acompañarlo.

También aquel miércoles – día en el que Juan Pablo II acostumbraba a tener su audiencia pública. Era una “audiencia universal”, que tenía como aula el mundo y como auditorio a la humanidad entera. Esta vez la ha hecho con la boca cerrada. Pero no podía haber sido más claro.

“Nunca se publicará en los periódicos. Para leerla hay que consultar el vocabulario del corazón. Para comprenderla, es necesaria la gramática de la fe”, decía el periódico.

Recapitulados en Cristo

Dos millones de personas participaron en sus funerales. Se apiñaban en todas las vías adyacentes al Vaticano, además de en las

principales plazas romanas provistas de pantallas gigantes. 200 delegaciones extranjeras de soberanos y jefes de estado, junto a los representantes de varias religiones coronaban el austero ataúd, despojado de cualquier oropel y apoyado directamente en la tierra. En la cubierta sólo un Evangelio abierto, cuyas páginas el viento abría libremente hasta cerrarlas, como diciendo: todo está cumplido, cada palabra está dicha.

El mundo estaba recogido en torno a él. Hasta los grandes y poderosos de la tierra aparecían pequeños e indefensos frente al auténtico “Grande”. Pero no era un cuerpo exánime lo que atraía a la gente, aunque perteneciese a uno de los hombres más grandes del siglo XX. No, el mundo en él veía a Otro, Aquél a quien Juan Pablo II a lo largo de toda su vida nos ha señalado: “¡abrid las puertas a Cristo!”, continuaba diciéndonos. Y al final lo consiguió. “Recapituló a todos en Jesús” mientras ellos, atentos, velaban su cuerpo sin vida.

¡Santo ya!

Muchas pancartas aquel día llevaban escrito: “¡Santo ya!”, como si quisiesen “obligar” a la Iglesia a canonizar al Santo Padre, saltándose todas los procesos habituales. Por aclamación. Naturalmente esto es posible. Pero el Card. Ratzinger, que hoy es el nuevo Papa, en su homilía de algún modo anticipó un éxito casi seguro: “*Podemos estar seguros que nuestro amado Papa está ahora en la ventana de la casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, bendícenos, Santo Padre. Nosotros encomendamos tu preciosa alma a la Madre de Dios, tu Madre, que te ha guiado cada día y te conducirá ahora a la gloria eterna de Su Hijo, Jesucristo nuestro Señor. Amén.*”

Stefania Consoli



Noticias de la tierra bendita

La Virgen a Mirjana:

“¿Os pido que renovéis la Iglesia!”

La mañana de aquel sábado en que murió el Santo Padre, como el 2 de cada mes, Mirjana Soldo recibió su aparición y rezó con María Santísima por los no creyentes. La atmósfera estaba cargada de emoción, sabiendo que el Santo Padre estaba entre la vida y la muerte. La asamblea rezó con gran fervor justo en el momento de la aparición, confiándolo a la Madre de Dios.

Cuando acabó la aparición, Mirjana compartió con todos estas palabras: “La Gospa nos ha bendecido a todos con su Bendición Maternal. La Virgen ha dicho que la bendición más grande que podemos recibir en la tierra es la de un sacerdote. Bendijo también todos los objetos que llevábamos encima. Luego la Gospa dijo: “*En este tiempo os pido que renovéis la Iglesia.*” Yo (Mirjana) le respondí: “¿Esta es una gran petición! ¿Seré capaz de llevarla a cabo? ¿Seremos capaces? Entonces la Virgen dijo: “*Pero*



queridos hijos, ¡yo estaré con vosotros! ¡Mis apóstoles, yo estaré siempre con vosotros y os ayudaré” Ante todo renovaos vosotros mismos, renovad vuestras familias y luego todo será más fácil”. Yo entonces le respondí: “¡Madre, sólo quedate con nosotros!” Luego Mirjana nos dijo que le había hecho una pregunta a la Virgen sobre el Papa, pero que Ella no le respondió. En cambio, lo que hicieron es rezar juntas por Él.

El Papa se apareció a Iván junto a la Gospa

El 2 de abril, Ivan Dragicevic se encontraba en una parroquia de New Hampshire en Estados Unidos, y por la diferencia horaria con Europa, tuvo la aparición pocas horas después de la muerte del Papa. Explicó que cuando la Virgen se le apareció, estaba sola como de costumbre, pero enseguida se apareció también el Santo Padre a la izquierda de la Virgen. Iba con una larga vestimenta blanca y un manto dorado. Iván dijo que parecía muy joven y que tanto Él como la Virgen estaban muy felices (se sonreían). Según Iván, todo era de una belleza indes-

criptible. María Santísima dijo a Iván: “¡Él es mi hijo; está conmigo!”.

Sabemos que el Santo Padre deseaba venir a Medjugorje, si hubiese sido invitado por la diócesis. Lo que Ivan ha visto no es más que un destello de lo que será Su ministerio en Medjugorje. En una carta manuscrita del Papa a una amiga suya de Cracovia, en respuesta al testimonio que ella le había enviado después de una peregrinación, a propósito de los frutos que Medjugorje había producido en su vida, el Papa le respondió que todos los días también él en su corazón hacía una peregrinación a Medjugorje, uniendo sus oraciones a los numerosos peregrinos que se reunían allí.

Vicka en Roma para el funeral

Vicka fue a Roma para el funeral del Santo Padre, y desde las 8 de la mañana hasta las 13 horas la vidente oró ininterrumpidamente. Recordemos que había tenido varios encuentros con él acompañando a enfermos y minusválidos bosnios para recibir Su bendición. El Santo Padre también la bendijo cuando fue a Roma con su marido enseguida después de casarse en Medjugorje. Vicka nos ha invitado siempre a rezar mucho por el Santo Padre y por la Iglesia.

Sor Emmanuel

Habemus Papam!



Querer encontrar a toda costa similitudes con la presencia de la Reina de la Paz en Medjugorje podría parecer forzado. Sin embargo eran las 18:43 – **la hora de la aparición de la Virgen** – cuando el Cardenal Protodiácono dio el solemne anuncio al pueblo: **¡Habemus Papam!** Y a los pocos minutos el card. **JOSEPH RATZINGER** aparecía para el mundo por primera vez con las vestiduras papales y con una emoción evidente que dejaba traslucir su profunda sensibilidad.

Y no sólo eso. Era 1981 el año en que el cardenal alemán fue nombrado por Juan Pablo II, **Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe**, un encargo que lo iba a tener durante 24 largos años junto al Santo Padre como fiel custodio de la fe católica en un período en el que delicadas cuestiones morales cuestionaban su integridad. Y como todos ya sabemos aquél era **el año en el que María aparecía por primera vez** en el pequeño pueblo herzegovino. Dejemos en el Corazón de Dios la interpretación de esto, pero después de un Papa que fue “todo de la Virgen” es consolador identificar rasgos de Ella en su sucesor.

Humilde trabajador en la viña del Señor

«Queridos hermanos y hermanas: después del gran Papa Juan Pablo II, los señores cardenales me han elegido a mí, un simple y humilde trabajador de la viña del Señor». Éstas son las palabras con las que el nuevo Pontífice saludó a los miles de fieles, reunidos velozmente en la Plaza de San Pedro después de que la “fumata blanca” salió de la chimenea de la Capilla Sixtina, seguida por el repicar de campanas festivo de todas las campanas romanas. “Me consuela el hecho de que el Señor sabe trabajar y actuar incluso con instrumentos insuficientes, y sobre todo me encomiendo a vuestras oraciones. En la alegría del Señor resucitado, confiando en su ayuda continua, sigamos adelante. El Señor nos ayudará y María, su santísima Madre, estará a nuestro lado. ¡Gracias!» Una exhortación humilde y serena, que no avala ese apelativo que el cardenal había atraído sobre sí por su firmeza en afrontar las espinosas cuestiones doctrinales: “el gran inquisidor”, lo llamaban. Era temido por muchos, y no siempre apreciado, sobre todo en esos ambientes en los que se aspiraba a una Iglesia más liberal que en realidad se arriesgaba a ser sólo “libertina”.

Brazo derecho de Wojtyla

Sin embargo, Juan Pablo II se fiaba ciegamente de él para afrontar todo lo que amenazaba la ortodoxia de la fe. En la composición de numerosos documentos apostólicos la sabiduría del teólogo bávaro proporcionaba la estructura sobre la que la vena creativa y humana del Papa polaco tejía importantes

documentos destinados a la Iglesia. Un binomio que ha dado mucho fruto, aunque por su talante medido y poco comunicativo Ratzinger ha sido también definido como el “frigorífico de las ideas de Wojtyla”. Pero esto no era así. Lo demuestra el hecho que en los días en los que el Papa doliente estaba preparándose para cruzar el umbral de la eternidad, Ratzinger – decano del colegio cardenalicio – orquestaba con seguridad pero también con extrema dulzura y discreción tanto los últimos actos del Pontífice y sus exequias, ante el mundo atento y conmovido, como los días fatídicos del Cónclave, que lo han visto luego salir con las vestiduras blancas del sucesor de Pedro.

“Recemos para que el cónclave dure poco”

Tuvo ocasión de decir a los periodistas. Y así fue. Su nombre se barajaba en las previsiones pero no se esperaba que ya en la cuarta votación iba a ganar un consenso tan amplio de los cardenales electores (eran necesarios al menos 77 votos de los 115). ¡Fue pues elegido Papa **en poco más de 24 horas!** Quién es verdaderamente este hombre que tiene hoy en su mano las riendas de una Iglesia necesitada de renovarse y de adquirir vigor, lo veremos con el tiempo. Lo hemos conocido como teólogo excelente, escritor, profesor. Ahora lo contemplaremos como un padre que necesitamos profundamente tras haber vivido la sensación tremenda de sentirnos huérfanos con la muerte de Juan Pablo II. Creo sin embargo que el nuevo Pontífice nos sorprenderá, sacando fuera las cualidades que su papel de “guardián” en estos años no le han permitido expresar en plenitud: la ya mencionada dulzura, la cordialidad y la sencillez en los gestos, la atención al individuo, la comprensión, la amabilidad, la sensibilidad a la belleza que él expresa con su pasión por el piano. Y luego la bondad, un atributo que el Papa Wojtyla apreciaba muchísimo, además de su fe y su inteligencia superior.

Me llamaré Benedicto XVI

Ha asombrado la elección del nombre. Impensable. Sin embargo, conociéndolo bien se pueden comprender las razones. Vittorio Messori lo explica así: “Pablo VI proclamó a San Benito de Nursia patrón de Europa y, por lo tanto, la elección de este nombre es una afirmación de cuáles son **las raíces cristianas de Europa** que la Constitución de la Unión no ha querido reconocer”. Otras voces refieren la elección a otros predecesores suyos. Como el último que lo llevó, Benedicto XV, en el siglo Giacomo Della Chiesa (Papa desde 1914 hasta 1922) que pasó a la historia como el Pontífice del no a la guerra y del sí a la esperanza tras las tragedias que ésa trajo consigo.

¿Coincidencia o profecía?

Tendrá lugar en Alemania, en Colonia precisamente, la **próxima Jornada Mundial de la Juventud**. Su tierra lo acogerá, mientras que él acogerá a los jóvenes que se reunirán allí procedentes de todo el mundo. Los había convocado el anciano Papa que durante todos estos años ha amado tanto a los jóvenes, tanto que llegó a convocar para ellos este importante encuentro. Pero será otro Papa el que se reunirá con ellos. Uno que “juega en casa” y que seguramente sabrá encontrar la manera de conquistar sus corazones con su originalidad

personal y con el deseo de no abandonar una porción del mundo tan preciosa, como son los jóvenes.

Los perseguidos y los perseguidores

Todos conocemos de qué manera los horrores del siglo pasado han dejado una huella profunda en la memoria de muchos pueblos. El nazismo, sobre todo, ha infligido heridas mortales en quien ha padecido su loca prepotencia, Polonia particularmente. Pero Dios en su bondad extrema ha querido rescatar a los perseguidos de manera incondicional llamando a los altares para un pontificado tan largo a un Papa polaco, protagonista de la historia en aquellos años oscuros. Sin embargo, la justicia de Dios no se separa nunca de la misericordia. Y por eso hoy el Señor ha querido rescatar también a los perseguidores escogiendo un Pontífice nacido precisamente en tierra alemana y que en aquel tiempo sufrió, como muchos coetáneos suyos, los efectos de la furia nazista. De ese modo el Señor ha elevado a la misma dignidad a ambos pueblos, reafirmando su paternidad universal, que no lleva cuentas de los méritos y defectos y que está pronta para inclinarse ante todos sus hijos.

El mundo ha llorado. El mundo ríe...

Hemos visto cómo se llenaba la Plaza de San Pedro durante días enteros por gente variopinta y dolida, que acudió de todas partes del mundo para saludar al viejo Pastor apenas fallecido. Otra expresión marcaba en cambio el rostro de las personas que acudían en la tarde **del 19 de abril para acoger el anuncio del nuevo Pontífice**: una expresión llena de gozo y de espera, de esperanza y de nuevo nacimiento. Y todo esto en el *Tiempo de Pascua* y de primavera, esto es, tiempo de despertar y de novedad. Juan Pablo II ha muerto como el grano de trigo para dar aún mucho fruto. Benedicto XVI es el primero entre muchos de esta rama fecunda. Nos ha sido dado para que cada uno de nosotros podamos alimentarnos.

¡El mundo lo aplaude!

Se le aplaude mientras él sorprende a todos sumergiéndose en auténticos “baños de multitud” imprevistos por el protocolo, distribuyendo tímidas pero felices sonrisas, saludando con las manos y uniéndolas ante sí con el gesto exultante de los deportistas victoriosos. Está conquistando los corazones, con gestos sencillos y medidos pero cargados de ternura hacia las ovejas que le han sido confiadas.

El día de la entronización estaba radiante, con su presencia, aristocrática y al mismo tiempo humildísima. Como un mendigo, el nuevo Pontífice continúa pidiendo oraciones, apoyo y amistad para llevar a cabo con responsabilidad su nueva misión, subrayando siempre su incapacidad. Sin embargo, las palabras de sus homilias son netas, casi afiladas y no dejan lugar a falsos compromisos. Es por nuestro bien. El Papa Wojtyla durante muchos años ha atraído y abierto los corazones de muchos hombres. Hoy este Papa los formará a través de su sabiduría docta que sabe transmitir de manera comprensible para todos. Acojámoslo en nuestro corazón para apoyarlo en este encargo tan intenso e importante. Oremos por él y amémosle. Será nuestra manera de dar gracias a Dios por no habernos dejado solos. S.C.

Benedicto XVI

“¡Sostenedme!”

DE LA PRIMERA HOMILÍA:

“¡No tengas miedo!”

En mi espíritu conviven en estos momentos dos sentimientos opuestos. Por una parte, un sentimiento de incapacidad y de turbación humana por la responsabilidad que ayer me fue confiada, y una profunda gratitud a Dios, que no abandona nunca a su rebaño, sino que lo conduce a través de las vicisitudes de los tiempos. Esta íntima gratitud por el don de la misericordia divina prevalece en mi corazón, a pesar de todo. Y lo considero como una gracia especial que me ha obtenido mi venerado predecesor Juan Pablo II. Me parece sentir su mano fuerte que estrecha la mía; me parece ver sus ojos sonrientes y escuchar sus palabras, dirigidas en este momento particularmente a mí: *“¡No tengas miedo!”*.

Que Cristo supla mi pobreza

Contra todas mis previsiones, la divina Providencia, a través del voto de los venerados padres cardenales, me ha llamado a suceder a este gran Papa. Si es enorme el peso de la responsabilidad que cae sobre mis débiles hombros, sin duda es inmensa la fuerza divina con la que puedo contar. El Señor ha querido que sea su Vicario. A Él le pido que supla la pobreza de mis fuerzas, para que sea valiente y fiel pastor de su rebaño, siempre dócil a las inspiraciones de su Espíritu.

Que no resplandezca mi luz

Al iniciar su ministerio, el nuevo Papa sabe que su misión es hacer que resplandezca ante los hombres y las mujeres de hoy la luz de Cristo: no su propia luz, sino la de Cristo.

A vosotros jóvenes va mi abrazo

A la espera de encontrarme con vosotros en Colonia, con ocasión de la próxima Jornada mundial de la Juventud. Con vosotros, queridos jóvenes, que sois el futuro y la esperanza de la Iglesia y de la humanidad, seguiré dialogando, escuchando vuestras expectativas para ayudarlos a conocer cada vez con mayor profundidad a Cristo vivo, que es eternamente joven.

EL DÍA DEL INICIO DEL MINISTERIO PETRINO

El V Domingo de Pascua Benedicto XVI presidió, con la participación de medio millón de fieles, la Santa Misa de inicio oficial de Su ministerio petrino:

¡Es inaudito, pero no estoy solo!

En este momento, yo, débil siervo de Dios, he de asumir este cometido inaudito, que supera realmente toda capacidad humana. ¿Cómo seré capaz de llevarlo a cabo? En mí se reaviva esta conciencia: no estoy solo. No tengo que llevar yo solo lo que, en realidad, nunca podría soportar yo solo. La muchedumbre de los santos de Dios me protege, me sostiene y me conduce.

¡La Iglesia está viva!

Precisamente en los tristes días de la enfermedad y la muerte del Papa, algo se ha manifestado de modo maravilloso ante nuestros ojos: que la Iglesia está viva. Y la Iglesia es joven.

La Iglesia está viva, porque Cristo está vivo, porque Él ha resucitado verdadera-

mente. En el dolor que aparecía en el rostro del Santo Padre en los días de Pascua, hemos contemplado el misterio de la pasión de Cristo y tocado al mismo tiempo sus heridas. Pero en todos estos días también hemos podido tocar, en un sentido profundo, al Resucitado. Hemos podido experimentar la alegría que él ha prometido, después de un breve tiempo de oscuridad, como fruto de su resurrección”.

Mi gobierno será: hacer Su voluntad

En este momento no necesito presentar un programa de gobierno. Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia.

DOS SÍMBOLOS SELLAN EL PAPADO: EL PALIO

El **palio** es un signo antiquísimo que indica la autoridad del Obispo y su unión con la Sede de Pedro. Está tejido con lana de corderos y ovejas. Lleva impresas cinco cruces rojas – que simbolizan las cinco llagas del crucificado – y tres clavos, como los clavos que lo llevaron a su cruz.

Lo acojo como el yugo de Cristo

Este signo antiquísimo, que se me pone sobre los hombros, puede ser considerado como una imagen del yugo de Cristo, que el Obispo de esta ciudad, el Siervo de los Siervos de Dios, toma sobre sus hombros. El yugo de Dios es la voluntad de Dios que nosotros acogemos. Y esta voluntad no es un peso exterior, que nos oprime y nos priva de la libertad. Conocer lo que Dios quiere, conocer cuál es la vía de la vida, era la alegría de Israel, su gran privilegio. Ésta es también nuestra alegría: la voluntad de Dios, en vez de alejarnos de nuestra propia identidad, nos purifica – quizás a veces de manera dolorosa – y nos hace volver de este modo a nosotros mismos.

Tomo a mi cargo las ovejas

La lana de cordero representa la oveja perdida, enferma o débil, que el pastor lleva a cuestras para conducirla a las aguas de la vida. La humanidad – todos nosotros – es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda. Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas. El Palio indica primeramente que Cristo nos lleva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros.

Demasiados desiertos

Demasiadas personas viven en el desierto. Y hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores. La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud.

¡No redime el poder, sino el amor!

Éste es el distintivo de Dios: Él mismo es amor. ¡Cuántas veces deseáramos que

Dios se mostrara más fuerte! Que actuara duramente, derrotara el mal y creara un mundo mejor. Todas las ideologías del poder se justifican así, justifican la destrucción de lo que se opondría al progreso y a la liberación de la humanidad. El Dios, que se ha hecho cordero, nos dice que el mundo se salva por el Crucificado y no por los que le crucifican. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres.

Rogad para que aprenda a amar a Dios

En este momento sólo puedo decir: rogad por mí, para que aprenda a amar cada vez más al Señor. Rogad por mí, para que aprenda a querer cada vez más a su rebaño, a vosotros, a la Santa Iglesia, a cada uno de vosotros, tanto personal como comunitariamente. Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos. Roguemos unos por otros para que sea el Señor quien nos lleve y nosotros aprendamos a llevarnos unos a otros.

Y EL ANILLO DEL PESCADOR

El **Anillo** lleva sellada la imagen de San Pedro y la barca con la red, y tienen el significado particular del anillo-sello que autentifica la fe y significa la misión confiada a Pedro de confirmar a sus hermanos.

En un mar de sufrimiento

Los hombres vivimos alienados, en las aguas saladas del sufrimiento y de la muerte; en un mar de oscuridad, sin luz. La red del Evangelio nos rescata de las aguas de la muerte y nos lleva al resplandor de la luz de Dios, en la vida verdadera.

En la misión de pescador de hombres, siguiendo a Cristo, hace falta sacar a los hombres del mar salado por todas las alienaciones y llevarlo a la tierra de la vida, a la luz de Dios. Así es, en verdad: nosotros existimos para enseñar Dios a los hombres. Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida.

¡No tengáis miedo que os quite algo!

¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo – si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él –, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad?

¡No! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada – absolutamente nada – de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera.

Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. ¡Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida!”

Renuevo mi promesa de fidelidad

Sólo quiero servirle a Él dedicándome totalmente al servicio de su Iglesia. Para sostener esta promesa invoco la intercesión maternal de **María Santísima, en cuyas manos pongo el presente y el futuro de mi persona y de la Iglesia**. Que intercedan también con su intercesión los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y todos los Santos.

Fue él quien me ordenó obispo

Recuerda aún con afecto y reconocimiento aquel día en el que el card. Ratzinger le impuso las manos sobre la cabeza: “Fue capaz de hablar tocando el corazón de todos, y era inmensa la multitud de gente sencilla que se dejaba alcanzar por la belleza y la verdad de una palabra de fe vivida. Me surgió espontáneamente decirle, aquella tarde – explica el arzobispo **Bruno Forte** -, que si en aquel momento hubiese habido una elección por aclamación, aquel pueblo de miles de personas lo hubieran aclamado Papa”.

Teólogo como él y profesor de prestigio, Mons. Forte, actual Obispo de Chieti-Vasto, comenta: “Será **el Papa de la verdad del amor**, de quien el mundo hoy tiene una gran necesidad. De la verdad porque el relativismo que se disemina, especialmente en el campo moral, es la carcoma de las conciencias. Del amor, porque la multitud de soledades, que es lo que consiste a menudo la sociedad post-moderna, tiene una gran necesidad y nostalgia”.

El mismo Ratzinger en la homilía de preparación para el Cónclave ha puesto de manifiesto estos dos elementos, casi como una bandera de su inminente (e inesperado) pontificado: “El Card. Ratzinger ha sido completamente él mismo, continúa Bruno Forte, sin minimizar nada de lo que lo caracteriza: también en esto, honesto hasta el final. Las dos palabras clave de ese discurso han sido: ¡verdad y misericordia! **No se proclama la verdad en contra de alguien, sino por amor a todos.** No se ama verdaderamente a los demás si se hacen rebajas sobre la verdad que libera y salva. Éste es el teólogo, el pastor, el hombre y el creyente a quien la Providencia ha querido confiar hoy las llaves de Pedro. **Quien no lo conozca, podrá detenerse en los aspectos más externos.** Quien lo conoce, sabe que la verdad que tanto ama irradiará de él para todos; y estoy seguro que a los corazones libres de miedos o prejuicios no les será difícil reconocerla”.

Este es el juicio del discípulo, del hijo y del amigo Mons. Forte, que en el transcurso de los años ha podido apreciar de cerca las cualidades del papa Benedicto, hoy puestas bajo la mirada de todos: “El Dios que lo ha llamado por amor a todos nosotros, lo sostenga y lo acompañe en cada paso. El mar de la historia necesita la barca de Pedro, cuyo timón está en manos tan seguras como libres, porque se han entregado completamente al Eterno”.

Redacción (De noticias ANSA)

¿Quién es el teólogo?

¿Qué es la teología? Si quisiese describir cuál es la misión del teólogo no lograría encontrar una imagen más bella que la de los exploradores que Moisés envió a examinar la tierra prometida y volvieron de la tierra de Canán llevando los racimos de uva, los higos... encendiendo en el corazón del pueblo del Señor el deseo de la conquista y sin ocultar la dificultad de la empresa.

El teólogo es de algún modo aquel que en la comunidad de los creyentes, en fidelidad profunda a la Iglesia que lo ha generado por la fe y que le da las palabras de la fe, debe escrutar el horizonte, señalar la Patria, encender en el corazón de los hombres la nostalgia de la eternidad y empujarles a ser siempre buscadores del Misterio, apasiona-

dos y sedientos mendigos del absoluto. Entonces la teología no es una doctrina fría, vacía. No es el aristocrático amor a la sabiduría, como lo es la filosofía.

La teología es la sabiduría del amor, la intención de decir con palabras la vivencia de la caridad, de contagiarse, de suscitar en la historia de los hombres humildes las historias cotidianas de amor a partir de aquella santa explicación del Amor Crucificado en el que el Dios Santo, tres veces santo, nos reveló Su Corazón.

El teólogo es aquel que habla de Dios explicando el amor. Es aquél que mantiene encendida en el corazón de la Iglesia la memoria de la historia del amor que fue dicha en el silencio del Viernes Santo. Por esto la teología se desarrolla en el clima del silencio, de la adoración, de la escucha y enciende el deseo de las cosas verdaderas y nuevas.

San Juan de la Cruz escribe en uno de sus textos menores estas palabras: “El Padre pronunció una Palabra que fue su Hijo y siempre la repite en un eterno silencio. Por eso, ésta debe ser escuchada por el alma en silencio”. La teología se hace en el silencio de la adoración, en la acogida humilde del Espíritu en el corazón de los creyentes.

Teología de este modo – y sólo de este modo – desencierra los horizontes en la noche del mundo, señala esa Patria futura de la que ella es conocimiento, como decía santo Tomás, vespertina, esto es el conocimiento de la penumbra de la tarde porque la luz clara del día, el Día lleno de amor, todavía debe llegar.

Nosotros esperamos otro tiempo y otra Patria. Somos peregrinos hacia la ciudad de Dios y esto ilumina nuestro corazón de esperanza infinita. Acabo con la definición que Kierkegaard, un gran testigo de la fe en el tiempo de la modernidad, dio del profesor de teología: “El profesor de teología es uno que es tal porque otro ha muerto crucificado por él”.

El Maestro es Cristo, vivo en su Iglesia, en la comunión de sus pastores. El teólogo es un buscador del Misterio en esta Iglesia que amamos, para testimoniar lo que nos ha sido dado gratuitamente – así nos ha sido dado - y para encender el deseo de seguir buscando y seguir escribiendo las historias de la caridad en las vicisitudes de los hombres.

Amemos siempre a la Iglesia. Entonces, la historia de nuestra caridad contagiara a muchos y transformará el corazón del mundo. Permanezcamos siempre en la historia del amor, en la comunión pobre y crucificada con esta Iglesia que, a pesar de todas sus culpas y carencias, es la bella Esposa del Señor.

Concluyo con una imagen que a primera vista parecerá extraña, pero que es muy antigua y bella. Los padres de la Iglesia decían que **la Iglesia es la luna...** Sí, la luna. ¿Por qué? Porque como la luna no brilla por sí misma sino que brilla por la luz única del sol, asimismo la Iglesia no debe brillar por sí misma, sino que debe brillar en la noche del mundo de la luz de Cristo. Toda la Iglesia refiere a Él. Nosotros no hablamos de nosotros mismos. Nosotros no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Él, el Señor de nuestra vida, el Amor crucificado de Dios que ha convertido nuestro corazón y nos ha hecho sus testigos. En el silencio lo contemplamos y lo adoramos. Ésta es la Iglesia-luna... ¡La historia de la luna es la historia de la Iglesia!

*Bruno Forte
(de una grabación)*

Entre el cielo y la tierra

Suspendidos en mitad del aire. Ni arriba ni abajo. Ni en el cielo ni en la tierra. Misteriosamente colocados en esa dimensión donde falta todo apoyo terreno, pero donde está también ausente la levedad de las cosas celestes. Es un punto vital desapegado de todo, en el que cada cosa interrumpe su curso. **Es el espacio en el que se vive la cruz.** Es allí donde nos encontramos cuando la realidad se presenta distinta de nuestros deseos y esperas. De las lógicas y de las necesidades. Allí, “entre el cielo y la tierra”. Sorprendentemente suspendidos.

¿Qué es lo que entonces nos mantiene en esa extraña altura? ¿Qué es lo que hace posible el improbable equilibrio? ¿Son fuerzas escondidas o desconocidas? ¿Qué va! Es solamente un único, pequeño y potente “sí”. Una adhesión libre pero decisiva a esta posición incómoda. Una especie de “gancho” que nos sostiene.

¿Pero por qué? ¿Por cuánto tiempo? ¿Por quién? – grita el profundo malestar, que en ese momento nos estruja las vísceras. De hecho es difícil aguantar cuando la propia “normalidad” queda interrumpida y no se ha llegado todavía “más allá”, a esa dimensión de paz que nace admirablemente de la muerte. Es una condición de malestar que no podemos controlar. Ni determinar. Es cosa de Dios. Sólo Él puede hacerlo. Nosotros sólo podemos esperar. Invocar y creer. Llorar y amar.

En este estado de suspensión, de hecho, parece que el único órgano en movimiento sea el corazón. Todos los demás se han vuelto improvisadamente ausentes y silenciosos. Como paralizados. Un sentido de soledad profunda nos rodea, mientras que con aflicción advertimos la separación de los demás hombres, que quien sabe por qué nos aparecen con los pies bien plantados en tierra. Miramos a lo alto, y también el cielo nos aparece más lejano que de costumbre.

En ese punto una sutil desolación se dibuja en el umbral de nuestra alma, como un buitre dispuesto a arrancarnos los jirones de la única paz que quizás nos quedaba. ¿Qué hacer? ¿Ceder a la tristeza y a la pesadumbre? ¿O bien, con un esfuerzo de fe echar la mirada más allá de los límites de nuestro pensamiento y más allá de todo sentimiento? Sí, porque basta desplazar la atención unos cuantos centímetros, para darse cuenta de que a esa altura – suspendido en medio del aire – hay Alguien más.

Está allí, también Él “entre el cielo y la tierra”. Nos mira y nos ama. O mejor, se ofrece, con la esperanza de que el Padre acoga sus íntimos suspiros y los transforme en gotas de salvación. Por nosotros y por los demás. Es el Crucificado perenne. La Víctima inmaculada y sin mancha. Aquél que en cada Misa sube a ese podio de gloria para iniciar siempre nuevos procesos de resurrección. Cada vez desde el principio. Cada vez solo, en un memorial largo y eterno.

Un extraño alivio nos rodea, mientras la punzada que traspasaba el corazón se convierte extrañamente en dulzura. Un placer sutil en el que demorarse. Y entonces vislumbramos otro apoyo. Es Su costado – abierto y generoso -. Él temor inicial se convierte en consuelo. La pena, en deleite incomprensible. Nuestra situación no cambia, pero ahora cobra sentido. Y cada cosa pierde su contorno, mientras que el corazón se extiende hasta el infinito.

Stefania Consoli

El Sagrado Corazón: fuente de misericordia

Procedo del Alto Adige, una región del norte de Italia, que es “tierra consagrada al Sagrado Corazón”. Así está definida por un voto que hicieron los habitantes del lugar hace unos dos siglos, y que yo percibo fuertemente en mí como un don de gracia, como fuente de protección, como adhesión profunda de mi tierra, de mis raíces a este



Corazón desbordante de misericordia.

Este voto se hizo para implorar la protección divina contra el peligro inminente de una invasión y consiste en la promesa de celebrar solemnemente esta fiesta todos los años.

Desde niño he vivido como algo muy significativo el hecho que **todo el mes de junio está dedicado al Sagrado Corazón** y me gusta pensar que no es por casualidad que este mes se celebre a continuación del mes mariano de mayo que de algún modo lo prepara. La Madre de Dios nos lleva siempre a su Hijo: contemplando sus virtudes, su belleza, los misterios de su vida, somos llevados a contemplar los misterios de Aquel que la ha concebido y generado.

Hablo de misterios porque el **Corazón de Cristo es una realidad para contemplar** a la luz de la fe, un misterio que encierra en sí innumerables matices de esa verdad sublime que nos será desvelada en toda su belleza sólo en el cielo. Pero desde ahora debemos alimentar en nosotros la sed de Él y el deseo de conocer a Dios, pues Él ante todo desea revelarse a las criaturas que ama.

Por esto quiero intentar meditar brevemente sobre cómo ese amor infinito y eterno que estaba en Dios desde la eternidad quiso encontrar su morada en medio de los hombres, estar entre nosotros, en esta tierra, habitar entre nosotros, hacerse perceptible, visible.

El Corazón de Cristo es ese lugar en el que ha podido derramarse todo ese incontenible fuego de caridad que antes que el mundo existiese fluía continuamente del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, en la persona divina del Espíritu, que se identifica con este amor. El Sagrado Corazón es ese tabernáculo en el que toda la plenitud del vértice trinitario ha comenzado a arder, morando por la primera vez en el espacio y en el tiempo.

¡El amor ha tomado forma, el amor ha tomado vida, se hace visible para todos! Es este amor ardiente y vivo el que ha dado a Jesús la fuerza de vivir su pasión, ha sido este amor el que ha impulsado al Cristo a entregarse a Sí mismo a los que amaba, a permanecer para siempre entre los hombres en las especies del pan y del vino.

El acontecimiento de este mes santo en el año de la Eucaristía tiene además un significado muy especial. En la Eucaristía está plenamente presente el misterio del Sacratísimo Corazón, y el misterio es el de un amor infinito e ilimitado, primero encerrado y escondido en el Corazón del Hombre-Dios, y ahora encerrado y escondido por los siglos en la frágil hostia consagrada.

Por mucho que podamos escribir no se podrá nunca iluminar de un modo digno una verdad tan grande y en nuestra incapacidad sólo la oración nos puede ayudar.

Francesco Cavagna

“¡Venid, adoremos!”

Son ciertamente muchos los momentos especiales que se viven en Medjugorje pero, contrariamente a lo que podríamos pensar, el más importante no es la aparición, sino la celebración de la Santa Misa y la Adoración Eucarística. Desde los primeros años, de hecho, la *Gospa* ha guiado a la parroquia a poner en el centro a Jesús Eucarístico, verdadero corazón de toda la Iglesia. Se puede sin duda alguna decir que **Medjugorje se ha convertido desde hace muchos años en un gran cenáculo Eucarístico**, en el que la Adoración se ha redescubierto como experiencia viva de Dios. Este redescubrimiento acontece de modo completamente natural y sencillo, sin ningún tipo de sensacionalismo, abriendo sencillamente el corazón a Jesús.

María nos introduce

El Papa en su última Encíclica dice que es María la que nos introduce a contemplar a Jesús Eucarístico; y el momento de la Adoración Eucarística aclara muy bien el papel de María en nuestra vida; ¡llevarnos a Jesús y enseñarnos a vivir de Él! La Reina de la Paz ha educado progresivamente a la Parroquia y a todos los peregrinos.

Es impresionante ver como el tercer mensaje de la *Gospa* a la Parroquia esté dedicado a la Adoración del Santísimo Sacramento: podemos decir tranquilamente que, si Medjugorje se ha convertido en un centro tan grande de oración, es porque se ha descubierto la inmensa gracia contenida en el pequeño Tabernáculo: la Presencia viva, real y sustancial del Salvador del mundo.

“*De Medjugorje no quiero hacer sólo un lugar de oración, sino realizar el encuentro de los corazones*” dijo María en un mensaje. Ella ciertamente está con nosotros y dice a su Hijo: “¡Ya no tienen vino!” y ciertamente lo acompaña mientras Él toca nuestros corazones y nos dice: “De ahora en adelante haz lo que él te diga”.

Aquella tarde en Medjugorje

Éste es mi testimonio, el de un joven como otros que ha vivido bastantes de estas Adoraciones. **Intentemos revivirla juntos...**

El canto “*Kumbaya*” comienza en voz baja, para ir subiendo el tono, a medida que el Santísimo se acerca al altar. Y, finalmente, el Santísimo está sobre la Mesa; ahora Él está delante de cada uno de nosotros: el *Sol de Justicia* nos visita viniendo de lo alto.

En poco tiempo se crea una atmósfera de gran recogimiento y profunda oración: los ojos se van cerrando uno a uno y los corazones están más atentos para escuchar la voz del Esposo Divino; cada vez más mi corazón comprende que **cuando Adoramos la Eucaristía es como si cada uno de nosotros estuviese solo contigo, Jesús**, en un diálogo íntimo, de Padre a hijo: ¡un hijo que se abandonaba confiadamente en las manos grandes y amorosas de su Padre!

El Espíritu nos acompaña...

“*Oh Luz de Sabiduría, desvelanos el gran misterio...*” canta un himno litúrgico dedicado al Espíritu Santo. Sí, Jesús, esta tarde, en este momento está ante nosotros vivo y verdadero, pero nosotros para creerlo fuertemente necesitamos el Don del Espíritu Santo que nos haga capaces de ver más allá

de las apariencias: éste es el motivo por el que la Adoración continúa siempre con un canto de invocación al Espíritu Divino.

El canto se desarrolla en todas las lenguas y mi mente va instintivamente al episodio narrado en los Hechos de los Apóstoles con motivo de Pentecostés “*Cada uno le oía hablar en su propia lengua, y el Espíritu les daba a ellos la capacidad de poder expresarse*”: también esta tarde te invocamos, Dedo de la mano de Dios, para que toques y despiertes nuestros corazones. Entre una lengua y otra se alternan pausas sólo instrumentales, en las que el corazón puede sumergirse completamente en el Amor de Dios y dejarse llenar por su suave presencia. ¡En esos momentos sientes que tu espíritu queda saciado por el “Agua viva” que Jesús nos da sin medida y comprendes en profundidad qué es la oración del corazón a la que la *Gospa* nos llama incansablemente!

... y nos sana

Los instrumentos comienzan a tocar la melodía dulce del canto, mientras de improviso siento cerca de mí a una chica que comienza a llorar dulcemente: ¡es verdad, **el Espíritu nos toca y nos sana en lo profundo**, allí donde no puede llegar ningún médico humano y nosotros nos sentimos amados, nos sentimos hijos de Dios! He experimentado que es allí precisamente donde está la plenitud y el sentido profundo de nuestra existencia.

Estando delante del Señor e intentando adorarlo con todo mi ser, **me siento acogido, amado y protegido: Jesús ya no es un nombre lejano**, sino una Persona que comienzo a conocer y siento el deseo de conocer cada vez más. Comienzo a considerar Su grandeza, Su fidelidad, Su presencia en mi vida porque tú, fray Slavko, me invitas a hacerlo, me invitas a agradecer, que luego significa adorar a Dios.

En la luz del Espíritu Santo se me abre un mundo nuevo, o mejor, comienzo a ver las intervenciones de Amor de Dios en mi vida: como a Ananías le cayeron las escamas de los ojos, así los ojos de nuestros corazones comienzan a vislumbrar los pasos de Dios en nuestra vida.

¡Jesús es nuestra vida!

Sí, estando delante de Jesús, Luz que ilumina, tomamos conciencia de cuánto nos ama, y crece en nosotros, entonces, la confianza en Él. Experimentamos que por Jesús nada de lo que vivimos es insignificante y que Él desea ser nuestro mejor amigo y confidente. De este modo la oración no es nunca repetitiva porque cada día tenemos algo que llevar y confiar al Señor. Y poco a poco, hablando con Él, Él nos da sus ojos, y nuestras dificultades cobran otra dimensión porque sabemos que no debemos afrontarlas solos: ¡está Él, el Dios Omnipotente con nosotros!

Después de haber orado, la Bendición Eucarística sella ese encuentro de gozo con el Señor entre nosotros: Él nos llena de Paz y nos envía para que anunciemos al mundo que Él ha resucitado y está presente hoy entre nosotros!

Ésta es la fuente de las conversiones en Medjugorje: el corazón caldeado y sanado por el encuentro profundo con el mejor amigo de nuestros corazones, que ha querido darnos la Eucaristía para compartir cada momento de nuestra vida con nosotros. No nos queda más que exclamar: **¡Venite, adoremos!**

M.R.

Reflexionando sobre el amor

Nuestro esfuerzo por encontrar a Dios sería vano si no fuese Dios mismo el que hubiera decidido, en su infinita misericordia, manifestarse a nosotros, a pesar de nuestras miserias y nuestros límites. Para el ser humano la experiencia de Dios es muy subjetiva y es distinta en cada persona. Sin embargo pienso que se pueden verificar situaciones comunes similares a etapas a través de las que cada uno debe pasar en su recorrido hacia Dios.

Un paso obligado es el de aprender a amar al prójimo, no con nuestro amor humano que es siempre imperfecto, sino de la manera en que Dios ama, o mejor, con el mismo amor de Dios.

La experiencia fundamental para el cristiano es la de permitir que el amor divino entre en él, llenarse del Espíritu Santo para poder luego derramar su Gracia sobre los demás. Personalmente, a veces he conseguido vencerme a mí mismo y me he comportado hacia el hermano de modo "nuevo", he obrado como nunca antes lo había hecho y nunca pensé que podría hacerlo. En ese trance he experimentado a Dios dentro de mí porque he comprendido que he conseguido comportarme de ese modo no en virtud de mis fuerzas sino gracias a la fuerza que Dios me había dado después que se la había pedido en la oración.

Cuando se experimenta dentro esta "fuerza" todas las dudas sobre la existencia de Dios Padre, sobre el amor infinito de Jesús y sobre el poder del Espíritu Santo se desvanecen y nuestra fe se refuerza para que sintamos en nosotros la cercanía y el amor de Dios. Comprendemos de hecho que no somos nosotros los que actuamos sino que es Él el que actúa en nosotros, y Él el que nos da la fuerza de parecernos a él en el amor, que nos ama tanto que nos hace amar a los otros con su mismo amor. Haciéndonos uno con Él, nos sentimos hijos del Padre en Jesucristo con la fuerza del Espíritu Santo.

El modo de amar de Dios, además, lo conocemos bien porque ha sido Jesús quien nos lo ha revelado "*Yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen*" (Mt 6, 44) "*Quien no toma su cruz y no me sigue, no es digno de mí. Quien busque su propia vida la perderá y quien pierda su propia vida por mi causa, la encontrará*". (Mt 11, 38-39).

Podemos afirmar entonces que encontramos a Dios cuando perdonamos, cuando oramos por los antipáticos, cuando nos sacrificamos por los demás, cuando morimos a nosotros mismos, etc. Para llegar a comportarnos así es necesario, sin embargo, mirar a los demás con los ojos de Dios que nos ve como sus criaturas amadísimas tal como somos, con nuestras miserias y nuestras desobediencias. Él ve en nosotros su sello, la llama del bien encendida a pesar de todo. Si nosotros miramos a los hermanos con los ojos de Dios, los amaremos incondicionalmente e independientemente de sus defectos porque es así como Dios nos ama. Conseguiremos entonces sentir a Dios dentro de nosotros y su amor, a través de nosotros, podrá llegar a todos ellos.

Massimo Bigotto

No digas: "soy joven"

Una de las afirmaciones más positivas de nuestra existencia: estar en la plenitud del entusiasmo y de las fuerzas, es usada por el profeta Jeremías cuando es llamado por Dios para ser su instrumento. Dios de hecho, lo sabemos por la Escritura, se ha servido siempre de hombres para anunciar su Palabra y realizar su plan de salvación. Siempre, los hombres llamados han tenido un primer momento de temor porque se daban cuenta de su insuficiencia y, sobre todo, de su indignidad. Jeremías cuando dice "soy joven" se refiere a su inexperiencia, a la fragilidad y, quizás, al hecho de que los jóvenes tienen en el corazón grandes deseos.

"Soy joven, no lo logro, es demasiado para mí, y además... tengo en mente otras cosas en mi vida... Necesitaría prepararme, asistir a un curso..." Nosotros somos así delante de Dios. Deseamos la Gracia del Señor, su consuelo, su perdón, pero nos cuesta pensar que Dios nos necesite. Él sin embargo no se desanima y continúa llamándonos. Sobre todo si somos jóvenes.

y ve...

Si somos jóvenes, si hemos respirado su presencia a través de la intervención de María su Madre estamos llamados a ir. Ir, ¿adónde? El papa siempre nos ha invitado a ir, como peregrinos, a las Jornadas Mundiales de la Juventud y siempre ha hablado a nuestro corazón. En particular, en Colonia nos ha confiado esta palabra "Hemos venido para adorarlo". Si recorremos el camino de los Magos comprobamos que vencieron su titubeo con entusiasmo juvenil: "Ellos partieron". El entusiasmo por la verdad que buscaban les hizo superar la inexperiencia. La estrella y el consiguiente gozo al verla son el signo de esas ayudas, pequeñas pero significativas, que el Señor concede a quien se pone en camino.

Si quien lee estas líneas es joven y ha sido conquistado por María reconoce en su vida estos rasgos esenciales. Es necesario caminar, salir de lo ordinario para encontrar la gracia. Si tú lees este periódico, te darás cuenta de su pobreza, de su esencialidad. Y así es como nació, con pocos medios, sin experiencia profesional. Pero nos parece que el Señor ha querido acompañar con sus signos sencillos el camino de este instrumento. Ahora yo no temo pedirte a ti, que eres joven, "ponerte en marcha" y caminar. ¿Adónde?

hacia aquellos a los que te mandaré

Hay personas que no pueden recibir el Eco porque son ancianas, o enfermas, o porque no lo conocen. Los que son distribuidores desde hace años, deben dar cuenta de los años que pasan y no cuentan siempre con que las fuerzas físicas les acompañen. Ve tú, joven, para convertirte en un pequeño instrumento de esa gracia que también a ti te ha salvado.

Concreta el entusiasmo que a menudo te invade y transforma tu día. Si sueñas con grandes cosas... con cambiar el mundo, comienza con pequeñas cosas como llevar este número a una persona que según ti puede agradecerlo. Ponte en contacto con quien ya lo distribuye para experimentar la alegría sencilla y discreta de quien se pone en el servicio. Como María siguió a Jesús.

Don Alberto Bertozzi

Los lectores escriben

Stefania Errico de Lecce – Italia: Gracias por vuestro trabajo y por el bien que hacéis con esta pequeña publicación. Voz del que grita en el desierto: preparad el camino al Señor. Éste me parece que es vuestro carisma, dar agua al sediento, vendar las llagas del corazón de las personas que están en la ignorancia.

Francesca Pana de Papua Nueva Guinea: Agradezco muchísimo el Eco de María. Lo leo y rezo con él y veo qué es lo que quiere la Madre de nosotros. Nos ayuda a mí y a mi familia. ¡Que el Señor os guíe siempre!

Dom Ernest Trozan de Scutari – Albania: Os escribo con mucho gusto agradeciéndos mucho la publicación del Eco de María, tan preciosa para mí y para el pueblo albanés.

Sor M. Klaretta de Alemania: El Eco es un periódico de espiritualidad profunda, a través del cual hablan el Espíritu Santo y Su Santísima Esposa María. Es prácticamente imposible encontrar una publicación de tal profundidad y devoción.

El Eco de María es gratuito y vive sólo de **donativos** que pueden hacerse por **CORREO:**

Las donaciones pueden hacerse mediante **GIRO POSTAL INTERNACIONAL** a favor de "Eco di Maria" CP 27 I-31030 Bessica (TV) Italia

o por **VÍA BANCARIA:**
Associazione Eco di Maria
Banca Agricola Mantovana (BAM)
Agenzia Belfiore
Codice IBAN:
IT 02 Z 05024 11506 000004754018

Para **nuevas suscripciones** o para **modificaciones** en la dirección escribir a la Secretaría del Eco

CP 27 31030 BESSICA (TV)
E- mail: info@ecodimaria.net

Eco en Internet:

<http://www.ecodimaria.net>

Suscripciones: info@ecodimaria.net

E-mail redacción: ecoredazione@infinito.it

*Con las palabras de Dios en el corazón
y con temor y temblor
anunciamos con nuestra mirada
la presencia del Señor Jesús.
Nos convertiremos en bendición
y así seremos bendecidos.*

don Alberto

Villanova M., 1 de mayo de 2005

Resp. Ing. Lanzani - Tip. DIPRO (Roncade TV)